

EXPEDICIÓN 2021 DHAULAGIRI

CRÓNICA DE UNA DOBLE EXPEDICIÓN

En 2021 partimos de México con un objetivo claro, casi obsesivo: Annapurna. Todo estaba alineado hacia esa montaña, cada entrenamiento, cada decisión, cada pensamiento. Pero el Himalaya, tenía preparada otra historia.

Ya en Katmandú, en medio del caos vibrante de la ciudad, surgió una invitación que cambiaría el rumbo de la expedición. Badía fue invitada a unirse a un equipo internacional de mujeres montañistas que buscarían la cumbre del Dhaulagiri, con un propósito que trascendía la montaña: apoyar a una asociación de mujeres en situación vulnerable en Nepal. No era sólo escalar, era darle sentido a cada paso.



La emoción de Badía fue inmediata, intensa, contagiosa. Con esa convicción logró lo impensable: convencer a Mauricio de que, al terminar Annapurna -sin importar el resultado-irían por una segunda expedición ese mismo año.

Había, sin embargo, un pequeño gran detalle: el dinero. Las ganas eran inmensas, pero el presupuesto limitado, y ahora duplicado. La idea rozaba lo irracional. Aunque también había historia detrás: ambos ya habíamos estado en Dhaulagiri en 2018, y habíamos tenido que darnos la vuelta en campo tres por los fuertes vientos. Una montaña pendiente. Una deuda emocional.

El razonamiento comenzó a tomar forma: regresar ya aclimatados, con la posibilidad real de intentar dos cumbres en una misma temporada. Era arriesgado, sí. Pero también era una oportunidad difícil de repetir.

Y entonces llegó el momento decisivo. La compañía ofreció un mejor precio. No era perfecto, pero era suficiente para abrir la puerta. Lo que siguió fue una escena digna de película: uno a uno, sacando nuestras tarjetas de crédito, pidiendo al representante que intentara el cargo, conteniendo la respiración entre cada intento. ¿Aprobada o rechazada?

Temerariamente, todas pasaron. Las tarjetas quedaron vacías, -y al mismo tiempo, llenas de nuevas deudas-. Pero la decisión, tomada. Una locura absoluta y, sin duda, el inicio de una de las aventuras más intensas y significativas de nuestras vidas. Lo que siguió parecía escrito por dos guionistas distintos: uno generoso y otro implacable.

Contra todo pronóstico, Annapurna —una de las montañas más letales del planeta, no por su altura sino por la constante amenaza de avalanchas— se mostró benévola. El clima abrió una ventana perfecta y, en un tiempo récord de apenas tres semanas, muchos equipos logramos alcanzar la cumbre. Lo que normalmente toma entre cuatro y cinco semanas en un ochomil, esta vez fluyó con una precisión sobresaliente. Estábamos listos antes de lo esperado y con una decisión ya tomada: ir por Dhaulagiri.

Lo curioso es que no fuimos los únicos. Como si todos compartiéramos el mismo impulso invisible, gran parte del equipo de Annapurna migró también a esa segunda montaña. Gracias a un helicóptero de la compañía, aterrizamos directamente en el campo base. Hasta ese momento, todo seguía saliendo perfecto.

LA EXPEDICIÓN QUE NO IMAGINAMOS

La instalación fue rápida: tienda de campaña, tienda-comedor, nuevas caras. Entre ellas, el grupo internacional de mujeres montañistas con quienes Badía compartiría esta nueva historia. Pero el ambiente tenía algo distinto, difícil de nombrar. Era 2021, y el COVID se movía como un susurro incómodo entre expediciones. “Secretos a voces” sobre evacuaciones de sherpas enfermos, noticias inquietantes desde el Everest y Katmandú. Nada era claro, pero todo se sentía.

Aun así, la motivación seguía intacta, aunque el cuerpo empezaba a pasar factura. La cumbre de Annapurna había dejado huella, especialmente en los pies. En Badía, algo inusual: pérdida de sensibilidad en los dedos del pie derecho. Una alerta seria. La consigna fue clara desde México: los dedos están antes que cualquier cumbre.

Mientras el resto esperaba en campo base condiciones para montar los campamentos de altura, decidimos subir a campo uno. No era un movimiento estratégico de ascenso, sino de evaluación. Pasamos la noche ahí. Sin dolor, sin señales de alarma. Bajamos al día siguiente con cierta tranquilidad, retomando la dinámica del campamento base.

Hasta que todo cambió. Durante el lunch, Mauricio se veía decaído. Ardor de garganta, baja energía. El equipo médico del legendario Carlos Soria, amigo y referente, ofreció hacerle una prueba de COVID. El resultado fue inmediato: positivo.



A partir de ahí, la narrativa se volvió cruda. La fiebre subió, la oxigenación cayó, llegaron los escalofríos y la dificultad para respirar. Esa noche no fue una más en la montaña: fue una lucha directa por la vida. La solidaridad en el campo base fue determinante. Oxígeno suplementario, medicamentos, comunicación satelital. Nosotros decidimos aislarnos por completo; la comida se dejaba fuera de la tienda, como en una escena de contención absoluta.

Solicitamos evacuación aérea de emergencia. Pero el Himalaya volvió a imponer condiciones: tres días de espera por mal clima. Tres días largos, tensos, mientras el virus avanzaba también entre sherpas y montañistas. Incluso nuestro cocinero enfermó. Probablemente, el origen del brote en el grupo.

Finalmente, el helicóptero llegó. El traslado a Katmandú fue en calidad de urgencia: Mauricio por COVID, Badía por daño en los pies. En medio del caos, el hospital representó un respiro inesperado: una habitación amplia, privada, con nuestro equipo a la mano. Un pequeño lujo en medio de la tormenta.

Los diagnósticos se confirmaron. Mauricio positivo. Tratamiento inmediato. Badía, inicialmente asintomática, también dio positivo. Y al día siguiente, el golpe completo: fiebre, debilidad extrema, pérdida de apetito y gusto, agotamiento total. Las noches se convirtieron en rutinas médicas intensas: monitoreo constante, anticoagulantes, vaporizaciones, fisioterapia pulmonar, ultrasonidos.



Trece días después, Badía fue dada de alta. Mauricio tuvo que esperar dos días más, que se sintieron interminables.

Y cuando parecía que lo peor había pasado, surgió otro frente: la cuenta hospitalaria. El seguro cubrió parcialmente, pero algo no cuadraba. Un desfase administrativo entre aseguradora y hospital dejó un saldo abierto. Consecuencia directa: el pasaporte de Mauricio quedó retenido como garantía. Más tensión. Más incertidumbre.

Katmandú, además, ya no era la misma. Toque de queda, calles vacías, policías vigilando. Un “pueblo fantasma” en contraste absoluto con la ciudad vibrante que conocíamos. El espacio aéreo estaba cerrado. Salir del país no era una opción inmediata.

Días que se convirtieron en semanas. Costos acumulándose. Un hotel que, afortunadamente, ofreció 50% de descuento. Comidas reducidas a una al día para resistir. Sin posibilidad de recibir dinero del extranjero. Sin vuelos comerciales. La única alternativa: un vuelo chárter, económicamente inalcanzable.

Y como si fuera poco, la única tarjeta disponible —American Express— no era aceptada en Nepal. Intentamos todo: contactos locales, embajada mexicana (desde India), gestiones. La respuesta fue mínima. Hasta que apareció lo inesperado: la ayuda desinteresada de una compatriota mexicana, también atrapada en Nepal. Sin condiciones, sin dudas, ofreció el préstamo necesario para esos boletos imposibles.

Ese gesto cambió el desenlace. Después de semanas de incertidumbre, enfermedad, montaña y encierro, logramos salir. No hubo segunda cumbre. No hubo Dhaulagiri esta vez. Pero hubo algo más profundo: resistencia, humanidad, y la certeza de que, incluso en los escenarios más adversos, siempre hay una salida, aunque no sea la que imaginabas al inicio de la historia.

Y al final, cuando todo se acomoda y la historia encuentra sentido, entendimos algo más grande que cualquier cumbre: lo verdaderamente valioso no es sólo llegar, sino atreverse.

Porque quedarse con la duda pesa más que cualquier mochila en la montaña. Preguntarte toda la vida “¿qué hubiera pasado si lo intentaba?” es una carga silenciosa que no se disuelve con el tiempo. En cambio, dar el paso —aunque implique incertidumbre, incomodidad y riesgo— tiene una recompensa profunda: la tranquilidad de haber sido fiel a lo que querías ser en ese momento.

Arriesgar no es imprudencia. Es, muchas veces, el único camino para descubrir tus propios límites, para expandirlos, o incluso para aceptarlos con humildad. Es entender que el fracaso no está en no alcanzar la cima, sino en no haber tenido el valor de intentarlo.

No logramos Dhaulagiri en esta ocasión. Pero nos llevamos algo más difícil de conquistar: la certeza de que fuimos hasta donde pudimos, que lo dimos todo y que, a pesar del miedo, la enfermedad y la incertidumbre, elegimos avanzar. Y eso, en la montaña y en la vida, también es una forma de victoria.

Badía y Mauricio. Una Pareja, siempre en ascenso.

